

argumentos son dirigidos á atacar la institución misma, en cuya reforma debieran buscar el remedio; pero que, entre tanto, no pueden alterar de modo alguno las consecuencias de ella, ni menos las resoluciones que el juez, aplicándola á casos particulares, tiene de expedir en las controversias suscitadas mientras el sistema no se cambie.

Todos esos argumentos coinciden en un punto; la inmovilidad económica de los bienes raíces de mujeres casadas. Pero éste es el mismo hacia el cual la ley encamina, concéntricas, sus fuerzas. En la alternativa de exponer á diarias malversaciones y peligros el fondo único que asegura el sostenimiento de la familia, objeto primordial de las atenciones de los poderes públicos, ó de que ese mismo patrimonio padezca algún atraso por su inmovilidad para las negociaciones; nuestra ley, inspirada en sapientísimas fuentes, obta por el segundo extremo "*ne respublica detrimentum sentiat, cuius omnino interest, dotes mulieribus esse salvas*". Texto cit.

(Continuará).



OBSERVACIONES DE MEDICINA LOCAL.  
ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Hace algún tiempo se deja sentir la necesidad de velar por la conservación y mejoramiento de la salud pública. La salud es el don más precioso que posee el hombre, y por consiguiente la sociedad. Los gobiernos están en la estricta obligación de poner todos los medios para conservarla, cuando existe; mejorarla y precaverla, si se halla amenazada de algún peligro. La salud puede compararse á una joven llena de gracias y donosura, como ésta, se encuentra rodeada de mil peligros y en eminente riesgo de caer, al menor descuido, en un abismo del que no saldrá sin gran trabajo, cuando no quede enterrada para siempre.

Hay cosas esencialmente necesarias, cuya importancia es sentida y palpada por todos; pero que se descuidan si no hay quien se interese especialmente por ellas, esto nos sucede con la salud; no hay uno sólo que desconozca su valor, no hay quien ignore que sin ella son imposibles goces, placeres, tranquilidad ni bienestar; y con todo, pocas poquísimas serán las personas

que sin necesidad no se expongan á perderla, sino todos los días, al menos muchas veces en la vida.

Estas son las razones que me han determinado á hablar del arte de conservar la salud; la Higiene, de esta divinidad, que poniéndonos á la vista las monstruosas consecuencias de los vicios, nos enseña la moralidad; manifestándonos los males que suceden á la ignorancia, predica la instrucción; evitando ó destruyendo las causas de las enfermedades, aumenta y mejora la población. Población, saber y moralidad dan por resultante civilización; es decir, ese estado de progreso constante é indefinido de las naciones que día á día se acercan á la felicidad; pues es evidente, mientras más civilizada es una nación, menor número de males le afligen; porque cuenta con mayores y mejores medios de superarlos, esto es, hace más uso de la Higiene; los crímenes y los vicios son más frecuentes en la parte de la sociedad que más descuida la salud; sin la Higiene privada se enferma y muere el hombre; sin la Higiene pública se enferma y muere la sociedad.

Siendo tales su necesidad é importancia, descamos que no se omita medio de difundir su conocimiento y cumplir sus mandatos, ya haciendo obligatoria su enseñanza, ya excitando á las autoridades competentes á velar por el estricto cumplimiento de las reglas de la Higiene. Del vasto campo de ésta, tomaré los puntos de interés práctico y aquellos, que á mi juicio, son generalmente más descuidados en este lugar; así, por ahora, voy á hablar del aseo; de su influencia en la salud, de las enfermedades debidas á la falta de éste; de las causas y medios de evitar el desaseo en esta capital.

El aseo es indispensable para conservar la salud; la falta de éste, el desaseo, puede estar en las personas ó en las cosas que las rodean; en las primeras altera su constitución; en las segundas, se extiende su influjo á mayor ó menor distancia y suele obrar sobre un gran número á la vez. La piel en el hombre no sólo sirve para protegerle de la dañosa influencia de los agentes exteriores, sino también desempeña el papel de la respiración, absorbiendo unas sustancias y expeliendo otras; pero si es débil su poder absorbente, sirve, al contrario, de una poderosa vía de eliminación; así, cuando el organismo absorbe, por cualquier evento sustancias ofensivas, se deshace de ellas por los poros de la piel, los que si se hallan obstruidos, impiden la rápida eliminación de tales sustancias, las deja obrar más tiempo en la economía, y por tanto, producen alteraciones más profundas. Pero aun cuando esto no suceda, el cuerpo tiene necesidad de expeler muchas sustancias propias, como el ácido carbónico, la urea, los ácidos grasos volátiles, talvez las pomainas, &c. &c., las que habiendo desempeñado ya sus funciones necesarias, se vuelven no sólo inútiles, mas aún, perjudiciales, y aun cuando estas sustancias tengan varios caminos

de salida, la organización necesita de la piel para despojarse de ellas y no se puede cerrar esta vía de eliminación, sin grave detrimento de la salud. La prueba de esto nos dan los experimentos hechos en animales cuya piel se ha cubierto de un barniz impermeable, pues estos no pueden existir por algún tiempo sin enfermarse y morir; otra nos dan las enfermedades y mala constitución de las personas que adolecen alguna afección á la piel y por fin, las terribles consecuencias de la cesación más ó menos repentina del sudor, que no es otra cosa que el conjunto de las materias eliminables por la piel; pues no raras veces, la consecuencia de esta cesación es la muerte misma.

La piel limpia absorbe oxígeno, principal elemento para la vida, y se halla siempre expedita para expeler las sustancias dañosas: al contrario, la falta de limpieza obstruye sus poros, impide la absorción del oxígeno, la eliminación de las sustancias expresadas, produce alteraciones patológicas de la piel, las que obran á su vez sobre órganos más importantes, porque es sabido que en el organismo, como en la máquina más complicada, el más ligero desequilibrio en uno de sus ejes, altera ó impide el movimiento, es decir, daña la salud ó extingue la vida.

Las enfermedades debidas al desaseo son casi todas las de la piel, como el prurigo, el herpes, la tiña, la sarna, &c., dependientes de parásitos nacidos y alimentados por el desaseo; muchas de estas enfermedades son de difícil y larga curación y arruinan la constitución de los enfermos, empobreciendo la sangre arterial. Esto se ve fácil y frecuentemente en las víctimas de estas enfermedades, tan comunes en la clase menesterosa en extremo desaseada. Las inflamaciones supurativas de los ojos, nariz, y oídos, la escrófula con sus terribles consecuencias, las diarreas, disenterias, &c., tienen por causa muchas veces, el desaseo; y lo peor es, que tales afecciones no son el patrimonio exclusivo de sus poseedores, pues entonces sería su justo castigo; pero su pernicioso influjo se va más lejos, y muchas ocasiones, es la única herencia que los padres legan á sus hijos.

El baño es el sencillo y fácil medio de evitar tantos males; por él no sólo se consigue el aseo, sirve también para entonar así el cuerpo como el espíritu; todos han experimentado el bienestar que sigue á un baño, los movimientos se hacen más ligeros, se aumenta el apetito, el sueño es más profundo y reparador, el ánimo se pone contento, alegre y aun se goza de mayor tranquilidad. La utilidad de los baños ha sido reconocida desde la más remota antigüedad, por esto, casi todas las religiones los han prescrito en forma de abluciones ó cosas semejantes, pero ahora según Lévy “de tan útiles prácticas sólo nos ha quedado el agua bendita”.

El baño higiénico, es decir, el que sirve para conservar la

salud, debe ser templado, pues tanto el muy frío, como el muy caliente son nocivos á la salud, y sólo son útiles en casos dados, como curativos, más no como higiénicos ó preventivos. En cuanto al tiempo que debe mediar de un baño á otro, no se puede dar reglas fijas, esto varía con las diferentes ocupaciones ó clase de trabajo del hombre; varía también con el clima y la estación, así en los países calientes y en verano, donde el sudor es más abundante y la piel redobla su trabajo, los baños deben ser más frecuentes que en el invierno y en los países fríos. La mejor regla que puede darse, es mantener el cuerpo siempre limpio, jamás sucio.

Habiendo visto los males provenientes del desaseo de las personas, veamos los que siguen al desaseo de las cosas que las rodean.

La casa donde reina el aseó es la morada de la salud, el orden, el contento, la bondad y dulzura de carácter. pues parece que estos amables huéspedes, buscan la luz, la claridad y la limpieza para hacer su mansión; la casa desaseada manifiesta descuido y desorden, y no pueden avenirse con estos genios del mal las virtudes, que son el origen de la salud y bienestar domésticos. Y por desgracia no es raro encontrar casas que desde su entrada dejan conocer que esta bienhechora virtud del aseó no se ha servido visitarlas jamás, y si lo ha hecho sería, muy de tarde en tarde. En los cuartos de estas casas se ven camas mugrientas hacinadas unas encima de otras, promontorios de ropa sucia, vasos excretorios desplegados en diferentes direcciones, trastos rotos ó inútiles, biombos y cortinas privando á sus habitantes (las más veces enfermos) hasta del benéfico influjo de la luz. Y esto no podemos atribuir á la pobreza, porque diariamente nos hacen ver muchos pobres que el aseó y el orden forman la verdadera economía, y que el desaseo y el desorden son siempre hijos, si no de la pereza, de la ignorancia ó incuria.

Tales casas, por lo común, tienen muchos inquilinos, y como el mal ejemplo se sigue con más facilidad que el bueno, todos son desaseados, si el aseo de la casa lo es. Para mayor abundamiento casi siempre los cuartos de estas casas son estrechos, húmedos, oscuros; por tanto mal ventilados, y viven en ellos no sólo muchas personas; sino que también son inseparables de éstas, algunos animalitos domésticos que bien se les puede considerar como que forman parte de la familia, tales como cuyes, gallinas, gatos, perros, y no ha mucho talvez, talvez puercos. Fácilmente se comprende que foco de infección será un cuarto semejante; y mucho más, una casa de esta clase, que no puede ser sino un conjunto de focos á cual más terrible. Por consiguiente, ¿cuál será la salud de las personas que después de un trabajo duro y penoso, de una alimentación insuficiente y de mala calidad entran por la noche á res-

pirar un aire, no sólo empobrecido de oxígeno por el excesivo número de habitantes, más aún, alterado con las excreciones propias y las de los animales que los acompañan? He aquí los poderosos motivos para que las epidemias se coben y hagan mayores destrozos en esta parte tan útil y tan desgraciada de la sociedad, como nos manifiestan, siempre que nos hacen su horrorosa visita las viruelas, el sarampión, la coqueluche, & &; en éstas se nota, (y si hubiera una estadística, se vería palpablemente), que las víctimas de las epidemias forman en la clase menesterosa de la sociedad el décuplo de los de la clase acomodada, y aun cuando ésta no sea la única causa de tan tamaña diferencia, puede considerarse como la principal entre las que existen.

Las casas desaseadas no sólo son dañosas á sus habitantes, pues siendo fácilmente transmisibles los gaces ó productos infectantes, pueden infectar todo un barrio y aun una población. Por desgracia los medios de remediar estos males no son todos de fácil ejecución; pues el primero y principal debe ser la difusión de los conocimientos higiénicos en todas las clases sociales; después el estricto cumplimiento de las leyes de Policía; crear impuestos á la conservación de animales inútiles y á veces perniciosos á la salud, como los perros que además de contribuir al desaseo, pueden dar origen á la rabia, enfermedad cuyo sólo nombre horroriza, y por fin; la formación de un consejo médico, que estudie y promulgue leyes higiénicas adecuadas.

Habiendo visto los males provenientes de la falta de aseo en las personas y en las casas, veamos cuáles son las condiciones de aseo en esta capital. Difícil será encontrar una ciudad que para el aseo presente más ventajas, que la nuestra, y á pesar de esto, su limpieza no es de las más esmeradas. Está situada á una gran altura, 2,800 metros, sobre el nivel del mar, se halla atravesada de numerosas y profundas quebradas con el declive suficiente, para arrastrar no sólo basuras sino aun cuerpos de mucho mayor peso, y pueden reemplazar con ventaja á los albañales ó canales subterráneos de las grandes poblaciones, como Londres y París; talvez en estas ciudades tendrían dichas quebradas el inconveniente de llevarse la inmensa riqueza producida por las excreciones, empleadas como abono; pero afortunadamente, nosotros no necesitamos completar la circulación de la naturaleza, como dicen los ingleses, volviendo á la tierra lo que nos da; nuestras tierras sea por fértiles y generosas ó por el escaso número de consumidores nos dan hasta botar y no nos exigen las economías de los europeos. Pero, por desdicha nuestra, las quebradas y acequias que en otras partes fueran auxiliares poderosos para el aseo, aquí nos sirven de focos de infección, y á no ser por nuestras especialísimas favorables condiciones climatológicas de este lu-

gar, y si no tuviéramos un cielo tan pródigo y celoso de nuestra salud, que rara vez, nos hace faltar el agua que limpia la ciudad: la fiebre tifoidea, el tifus y quien sabe que otros males serían dueños absolutos y ostentarían todo su poder en esta capital. Y á despecho de tan benéficas influencias con que nos ha rodeado la naturaleza, es tal el poder de esos focos de infección, que la fiebre tifoidea es endémica ó permanente entre nosotros, pues rara será la ocasión que falte uno ó algunos febricitantes, ya en el Hospital de San Juan de Dios, ya en las casas particulares. En el corto tiempo que llevo de médico y en mi escasa clientela, puedo asegurar que he asistido á muchos febricitantes y he observado que cuando esta fiebre se vuelve epidémica, siempre tiene su origen en los habitantes de casas próximas á las acequias y quebradas, y no dudo que todos los médicos habrán observado lo mismo.

El hacinamiento de inmundicias, en algunas casas, ciertas calles, acequias y quebradas da lugar por la fermentación pútrida al desarrollo de diferentes gases amoniacales fétidos é irritantes, como el sulfuro de amonio, el ácido sulfhídrico y otros de naturaleza desconocida, y quien sabe qué sin número de microbios ofensivos á la salud tengan aquí su origen; contribuyendo de esta manera al desarrollo y mantención de las epidemias, así se explica la existencia de la tifoidea y el tifus, cuyo origen se halla perfectamente demostrado, y así pueden explicarse las fiebres remitentes y aun las verdaderas intermitentes que de vez en cuando visitan esta ciudad. Esto nos prueba también la aparición y aumento de las epidemias en los meses de julio, agosto y setiembre, en los que sube el calor y disminuye la frecuencia de las lluvias, por tanto se aumentan las inmundicias y se facilita su descomposición pútrida.

La influencia del desaseo en la disminución y desmejoramiento de la población no puede ser más evidente; el de las personas daña la constitución de los individuos, disminuye la duración media de la vida y da lugar á una generación raquítica y propensa á las enfermedades; el de las casas y la ciudad produciendo las epidemias aumenta el número de muertos.

El principal medio de evitar esto consiste en suministrar á la ciudad la suficiente cantidad de aguas permanentes; pues las que actualmente existen son escasísimas y en vez de aumentar disminuyen día á día, y quizá, por negligencia y descuido muy culpables. No hace mucho tiempo en que el Machángara daba bastante agua de manera que existían varios lugares, donde no sólo nadaban muchachos, sino aun animales de grande talla, como caballos; la quebrada de Jerusalén suministraba la suficiente, para que un número considerable de lavanderas no se alejen mucho de la ciudad, haciendo así algo menos penoso un trabajo de suyo tan incómodo y que tanto

expone la salud y la vida. Hoy el Machángara viene en el invierno cargado de agua lodosa, é impropia para el aseo; en el verano la trae escasisima y ya no presenta esos lugares que prestaban á los muchachos la gran utilidad de aprender á nadar, ejercicio que á más de las ventajas que proporciona al que lo sabe, contribuye en gran manera al desarrollo del cuerpo. En Jerusalén, corre apenas una paja de agua infiltrada de productos animales en putrefacción, provenientes de las curtiembres que existen en la Cantera, y en extremo desaseada por la concurrencia de las más desdichadas lavanderas que obligadas por la necesidad, van, no diremos á lavar, sino á remojar su ropa; pues, es difícil que dicha agua disuelva el jabón y pueda sacar la suciedad. Pero esto no es todo, porque á esta agua se unen las que salen de los Hospitales de San Lázaro y de San Juan de Dios y recorren un largo trayecto, en el que juntas con la de dicha quebrada, sirven para que muchas personas laven no sólo las ropas sino los mismos cuerpos. Ya podemos calcular, que sin número de enfermedades serán transmitidas ó adquiridas con tan singular manera de asearse.

Suministrando la suficiente cantidad de agua á la ciudad, se conseguirá arrastrar fácilmente las inmundicias y basuras, impedir su hacinamiento y la putrefacción consiguiente; se podrá establecer baños públicos donde los muchachos aprendan á nadar sin inconvenientes ni peligros; se multiplicarán los baños de especulación, pues los que actualmente tenemos á más de carecer de las condiciones necesarias, son aun insuficientes, se debería formar lavanderías públicas, para mejorar la suerte de esta clase tan útil y quizá la más menesterosa entre nosotros. (\*)

La suerte de estas mujeres no puede ser más digna de compasión, mejorarla es un deber de humanidad, y las ventajas reportadas no serán exclusivas á tan pequeña y desdichada porción del género humano, sino generales á toda la población; pues for-

---

(\*) Para tener una idea de la vida y los sufrimientos de clase tan desdichada, debemos conocer á nuestra lavandera; esta mujer es por lo común anciana, porque la debilidad y la desgracia solo pueden obligar á ciertas ocupaciones, se halla cubierta de andrajos que apenas ocultan sus enjutas y emnegrecidas carnes, sale muy por la mañana agoviada por la necesidad y el peso de un inmenso lío de ropa, se dirige y llega al río, donde se conserva encorvada, medio desnuda con las piernas dentro del agua, sin más sombra que la que le proporciona de rato en rato un nubarrón que se interpone entre ella y el sol, sin más amparo cuando llueve, que un matorral á quien cuida como á su verdadero protector, sin otro desayuno que uno ó dos pambazos; así permanece horas de horas procurando sacar la suciedad á fuerza de friegas y golpes, por ver si economiza un cuarto de jabón; á la caída de la tarde vuelve á hacer el lío de ropa entre mojada y seca, con lo cual aumenta considerablemente el peso, se lo pone á cuestras y vá á su cuarto á encender un atadito de leña que lo ha tomado del mismo río, en los momentos que agoviada por su fatigosa posición se ha visto impelida á cambiar de movimientos y con esta leña procura calentarse algo que complete un frugal desayuno. ; Y este trabajo es tan mal remunerado, que por lo común tardan ocho días para ganar dos reales!.

mando lavanderías públicas donde se pueda lavar sin exponerse al sol y las lluvias, en posiciones menos fatigosas se expondrá menos la salud de las lavanderas, muchas personas pobres y delicadas podrán hacer el aseo de su ropa por sí mismas, sin exponer á eminente peligro su salud; en fin, se facilitará tan ímprobo trabajo y por tanto se multiplicará el aseo en la población y puede extinguirse la fuente de enfermedades adquiridas por lavar la ropa en agua sucia é infecta.

Siendo tan graves las consecuencias de la falta de aseo ahora que contamos con un Gobierno ilustrado y verdaderamente progresista; ahora que el Jefe del Estado está dando pruebas diarias de su amor á la patria, por el vivo interés que toma en todo lo conducente al mejoramiento de los pueblos, nos creemos con sobrada razón para esperar que, á costa de cualquier sacrificio se procurará poner término ó siquiera disminuir en lo posible males de tanta trascendencia.

LINO CÁRDENAS.



GLORIAS Y LAURELES.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Despierta ¡oh Patria! y la solemne pompa  
Ostenta ya de tus pasados días,  
Cuando al sonido de guerrera trompa  
Ufana te veías,  
Libre y cercada de tus hijos fieles,  
Sobre trono triunfal, entre armonías,  
Repartiendo coronas y laureles.

El ángel seductor de la victoria  
Con aureola de lumbre te ceñía,  
Y en tu frente vertía  
Resplandores de gloria.  
Del monte en la eminencia aparecía  
Atlética figura,  
En cuyo rostro lo inmortal se muestra.  
Espada aterradora en la siniestra  
Indica su bravura,  
Y tremola su diestra